

¿SOMOS PROFESIONALES?

(Lo que dejamos atrás en nuestra formación)

Francisco J. GAMBOA HERRÁIZ



ESPUÉS de veinticinco años de democracia y casi cinco desde que se anunció el final del Servicio Militar Obligatorio mucho ha cambiado la sociedad española y no menos lo han hecho las Fuerzas Armadas (FAS). Este cambio ha afectado de manera destacada a la formación de los componentes de la misma: ¿Somos mejores?, ¿somos peores? o simplemente somos diferentes. Desde mi punto de vista es llegado el momento de recuperar ciertos contenidos perdidos, sin necesidad, en la vorágine de la transición. Contenidos no sólo compatibles con la sociedad actual, sino que necesarios.

La «profesionalización»

Desde el momento en que se optó por modificar la composición de las clases de Marinería y Tropa de los ejércitos, haciendo que éstas estuvieran formadas por personal retribuido económicamente con una paga mensual y contratados por el Ministerio de Defensa, se vino utilizando el término de «profesionalización» para denominar tal hecho.

No tratamos aquí de discutir el acierto o no de dicho término, pero sí déjenme puntualizar que al decir profesional se equiparó equívocamente el tipo de dedicación y exigencia del militar con la del resto de los profesionales del ámbito civil. Esto produjo uno de los efectos deseados con la llamada «profesionalización», cual es el acercamiento del Estamento Militar a la sociedad civil, pero inconscientemente nos indujo a establecer una similitud tal que nos hizo abandonar ciertos contenidos diferenciadores e inseparables de la condición de militar.

Continuando con los efectos que se venían buscando con la llamada «profesionalización de las FAS», podemos decir que:

En primer lugar se trataba de dotar a las FAS de un contingente humano que, gracias a su mayor permanencia en filas y a su preparación específica,



(Foto: ORP, Armada).

adquiriese un mayor conocimiento del ámbito en el que se desarrollaba su actividad y, por tanto, posibilitase la reducción de efectivos que supuestamente estaban menos preparados; es decir, lo que antes hacían tres ahora lo puede hacer uno. Los adelantos técnicos y la nueva concepción de la defensa parece que permiten resolver dicha ecuación con éxito.

Por otro lado se dispensaba a la juventud española de permanecer un periodo de su vida desarrollando una actividad «ajena a sus intereses particulares», y en la mayor parte de los casos ajena también a su vocación. Con ello se pretendía mejorar la imagen de los ejércitos ante la sociedad al no ser éstos causantes de trastornos laborales, familiares o de otra índole.

No discutimos aquí la necesidad o no de la decisión tomada, pues no nos compete; vamos más allá, la asumimos como propia y adoptamos todas las medidas a nuestro alcance para que llegue a buen término. He aquí el interés de este artículo: Que la «profesionalización» llegue a buen término.

El buen militar

Cuando nos referimos a un profesional de las FAS estamos hablando de un militar; al igual que un profesional de la medicina es un médico y uno de la economía es un economista.

Si preguntásemos a cualquier persona ajena a la profesión militar que es para él un buen militar, nos podríamos encontrar con una gran variedad de repuestas, quizá dispares. No obstante, haciendo un ejercicio de análisis podríamos concluir que, aglutinando todas ellas, quizá la que más se ajustaría al prototipo antes citado sería: «Aquel miembro de la FAS que cumpliendo el orden establecido vela por salvaguardar los intereses del país, nación, patria, estado, pueblo, frente a aquellos agentes externos al mismo que puedan amenazar éstos aun a costa de su vida».

Ésta sería la definición de militar, pero... ¿dónde quedó el adjetivo «bueno»?; se supone que aquel que se ajusta fielmente a la definición podría ser considerado como tal; así que analicemos la definición.

- Para ser militar hay que pertenecer a las Fuerzas Armadas; luego no es militar aquel que, a pesar de vestir uniforme y comportarse como tal, no pertenece a las Fuerzas Armadas de un país.
- Hay que cumplir el orden establecido; luego hay que estar dentro de la ley y, por tanto, habrá que conocerla.
- Se ejercerá una función de salvaguarda; esto es, guardián de algo, vigilante; para lo cual habrá de tenerse una preparación específica. Este apartado comienza a centrar algunas de las claves de lo que se busca en el militar.
- Ese algo que se ha de vigilar y salvaguardar son los intereses de los españoles que, junto con la tierra que pisamos, conforman un término más alto y complejo que se llama España.
- Pero... ¿de qué hay que salvaguardarlo?: de los agentes externos, bien sean naturales o humanos. Contra ellos hemos de estar preparados. Debemos conocerlos, estudiarlos y presentarles una imagen tal que les sea impensable atentar contra aquello que salvaguardamos. Por desgracia, los agentes naturales no entienden de disuasión, habrá que hacerles frente cuando surjan.



(Foto: L. Díaz-Bedia).

- El punto final añade: «Aun a costa de su vida»; esta «coletilla» eleva el concepto de militar a un estadio heroico, se exige que caso de ser necesario a los intereses, de España, demos la vida por ello. Si así lo entendemos, debemos preparar a nuestros componentes para que sean capaces de tal acto de heroicidad, y esto no es tarea fácil, pues se habrá de formar el espíritu.

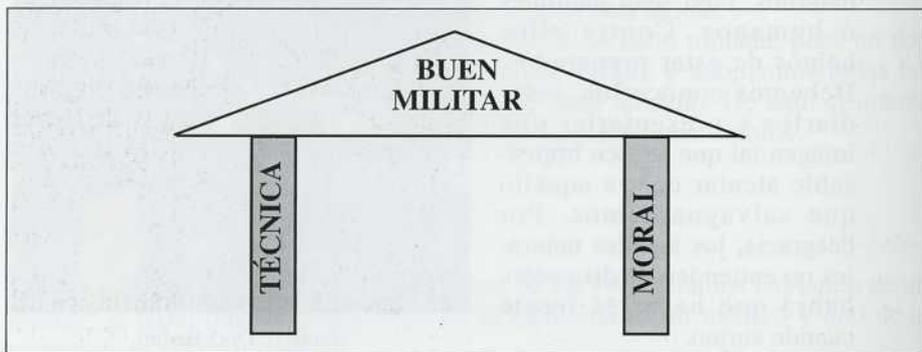
La formación

Para alcanzar el galardón de «Buen Militar» y responder a satisfacción de aquellos que han depositado su confianza en nosotros hay que desarrollar nuestra formación en dos vertientes: vertiente «Técnica» y vertiente «Moral»:

La vertiente «Técnica» es una faceta de nuestra formación relativamente sencilla de centrar, ya que inconscientemente nos inclinamos a ella. El entorno social y mundial exige estar al día con los adelantos técnicos si queremos presentar una imagen de capacidad disuasoria real. En ella acertamos a definir los objetivos y los planes para conseguirlos. Es algo tangible que se puede manejar.

En cuanto a la vertiente «Moral» se puede apreciar que en esta faceta se encuentran conceptos mucho más complejos, de difícil asimilación por el hombre en su conjunto, ya que atañen a lo más profundo de cada uno, y todos nos creemos con la formación suficiente para opinar de ellos. No obstante, existe una Moral Militar Básica, esencialmente inmutable a través de los tiempos, que sufre pequeñas adaptaciones a las épocas en las que se desarrolla. Así podemos decir que hoy día aún son validos los pensamientos de Sun-Tzu, Alejandro Magno, El Gran Capitán, Hernán Cortés, Napoleón, Nelson, MacArthur, etc., sobre la forma de conducirse en el servicio de las armas.

Es por tanto esta Moral Militar Básica donde se debe fundamentar la formación moral del militar de nuestros días como segundo pilar indispensable para alcanzar la correcta denominación de militar.



No pensemos que se trata de educar en una cultura trasnochada, nada más lejos. Numerosos autores y escritos, tanto oficiales como no oficiales, abundan en esta materia, actualizando y adaptando constantemente dicha forma de conducirse a la realidad social que nos toca vivir. Sin ir más lejos, las Reales Ordenanzas de la Fuerzas Armadas son un compendio más que suficiente para cimentar una sólida formación moral.

¿Qué pasa entonces?

¿Qué sucede entonces? ¿Por qué cada día nos asemejamos más a unos excelentes técnicos olvidando en parte nuestro crecimiento moral?

Bien es cierto que conocemos las fuentes a las que acudir; sin embargo, las tendencias sociales predominantes demandan un comportamiento más tolerante y comprensivo en todos los ámbitos de la vida, y la milicia no queda ajena a esta demanda. Casi sin percatarnos adaptamos formas de actuar más propias de la condición no militar y las asumimos como inherentes a la condición de militar.

Se acuñan nuevos términos dentro de la milicia que tratan de recuperar valores arrinconados por nuestra historia militar más inmediata. Así aparece el Plan de calidad de Vida, Plan de Motivación, Plan de Captación y Retención, etc...; sin embargo, en todos ellos parece no reflejarse con absoluta nitidez el hecho innegable de que la vida militar es diferente a la no militar.

Sí es verdad que la sociedad actual exige un comportamiento justo y respetuosos entre los miembros de los ejércitos. Pero este comportamiento no nos debiera resultar novedoso, al contrario, ya que el Código de Conducta del militar es más exigente para consigo mismo que ningún otro, a excepción quizá del que impone la vida religiosa.

Puede ser que hayamos confundido la necesidad de acercar las FAS a la población civil con asemejarnos de tal forma a ella que hayamos perdido parte de nuestras señas de identidad.

Pensemos, además, que cuando se haga necesaria la actuación de los ejércitos el pueblo le exigirá que cumpla con su deber, sin disculpar negligencia alguna. Para ello nos querrá y nos quiere diferentes. Así podemos decir que en el momento en que se pretenda igualar la milicia con el estilo de vida no militar, de tal manera que la opción militar se compare a cualquier otra civil no existiendo más diferencia que la necesidad de vestir uniforme, el Estado habrá perdido a su Ejército para el cometido para el que fue creado.

Conclusión

La realidad social siempre cambiante no debe afectar a la Moral Básica de los Ejércitos. Así que, transcurridos veinticinco años de democracia, hemos de

buscar aquellos valores, patrimonio de todos los ejércitos, que en la vorágine de la transición quedaron olvidados.

No se ha de confundir la necesidad de acercar las FAS a la población civil con la también necesidad de permanecer diferenciados por nuestro Código de Conducta, fiel al Estado y garante del mismo.

Es, por tanto, el momento de reforzar el segundo pilar de la formación del militar: el Pilar Moral.

No tengamos miedo a enseñar y exigir aquellos valores que, si bien con la mar en calma, son importantes, cuando son temporales lo que se avecinan se hacen imprescindibles.

